

Santiago, 27 de Octubre de 1998.

Señor Director:

A propósito de los numerosos artículos y cartas que han aparecido en su diario, sobre las “razones humanitarias” (edad avanzada y salud deteriorada) por las cuales el general Pinochet debiera ser puesto en inmediata libertad desearía relatarle a los lectores lo que aconteció a mi madre, la escritora María Flora Yáñez de Echeverría a los 84 años.

En octubre de 1974 a las dos A.M. llegaron militares a las puertas del edificio Tajamar, Torre A. Después de amenazar al administrador subieron a su departamento y abrieron la puerta. La dotación militar, sin consideración alguna con mi madre que vivía sola con una empleada, la sacaron de su cama y sin darle tiempo de vestirse ni darle explicación alguna se la llevaron a empujones hasta uno de los camiones. Allí tirada en el suelo emprendieron camino desconocido. Dos días y dos noches la mantuvieron amarrada, con los brazos en cruz y los ojos vendados en lugar indeterminado. Siempre rodeada de soldados con bayonetas y reiteradamente vejada con palabras soeces y privada de casi toda alimentación.

Si no fuera por la intervención personal del ex-presidente don Jorge Alessandri, amigo de ella, que asombrado e indignado ante tal deshumanizada medida contra una mujer, anciana y distinguida, exigió al gobierno su inmediata libertad quién sabe cuál habría sido su destino. Producto de esta presión mi madre fue abandonada al amanecer frente al Matadero Franklin, barrio para ella totalmente desconocido, vistiendo su mismo camisón de noche y sin su cartera que le fue sustraída. Afortunadamente un taxista se apiadó y la llevó de regreso a su casa.

Mi madre, no pertenecía a ningún partido político ni había tenido actuación en el gobierno de la Unidad Popular y tampoco estaba acusada de crímenes ni mucho menos de genocidio. Sin embargo, los que tanto se escandalizan hoy día por la humillación que sufre el general Pinochet nunca alzararon la voz para reclamar ante tamaño acto inhumanitario contra una mujer indefensa y sola. Todos debemos luchar para que los derechos humanos sean respetados sean éstos amigos o enemigos, ricos o pobres, blancos o negros. Si no es así este principio deja de tener validez.

Mónica Echeverría Yáñez.